

# Traducción

## Drogas y conflictos: elementos para una teoría de Alain Labrousse\*

Rodríguez, T. (2024). Traducción. Drogas y conflictos: elementos para una teoría de Alain Labrousse. *Revista Cultural y Droga*, 29(38), 323-354. <https://doi.org/10.17151/culdr.2024.29.38.14>

Thiago Rodrigues\*\*

Recibido: 14 de noviembre de 2023  
Aprobado: 2 de abril de 2024

### Nota introductoria. La geopolítica de las drogas y más allá: caminando con Alain Labrousse


#### El latinoamericanista

Alain Labrousse fue un hijo de su generación. Nacido en 1937, en la pacata ciudad de Libourne, departamento francés de la Gironda, Labrousse concluyó sus estudios de sociología en la Sorbona a comienzos de los agitados y contestatarios años 60. Impactado por los distintos debates alrededor de las ideas marxistas y las disputas teóricas y políticas de aquel momento, Labrousse pronto descubrió lo que sería una pasión intelectual y emocional de toda su vida: la América Latina.

Entre 1965 y 1970 vivió en Montevideo, dando clases en el liceo francés de la capital uruguaya. Fueron precisamente los años más calientes de la Guerra Fría en todo el mundo y, particularmente, en el Cono Sur. En Uruguay vio el surgimiento de la guerrilla de los Tupamaros, mientras en Brasil y en la Argentina empezaban

---

\* Publicado originalmente como: *Drogues et Conflits: éléments pour une modélisation*, *Autrepart*, n. 26, 2002/2003, p. 141-156. Traducción de Thiago Rodrigues.

\*\* Profesor asociado en el Instituto de Estudios Estratégicos (INEST) de la Universidad Federal Fluminense (UFF), en Río de Janeiro, Brasil. Doctor en Ciencia Política por la PUC-SP/Sorbonne Nouvelle. Investigador sobre política de drogas y geopolítica de las drogas. Miembro del consejo de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES/Argentina) y del Think Tank Chacrana – Institute for Psychedelic Medicine Plants (Estados Unidos). Investigador de Consejo Nacional de Investigación de Brasil (CNPq) que brinda el apoyo para la producción de este texto. Niterói, Río de Janeiro, Brasil.  <https://orcid.org/0000-0002-0962-0391>, **Google Scholar**



dictaduras militares (1964 en Brasil y 1966 en Argentina). Estaba en Uruguay cuando en Colombia se formaban las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC) –en 1965– y, en Bolivia, Ernesto Che Guevara fue asesinado en 1967.

Su interés por los movimientos de izquierda, en especial por las guerrillas marxistas de distintos matices, impulsó sus primeras iniciativas más profundas de investigación, y rindieron sus primeros libros: *Les Tupamaros: guerrilla urbaine en Uruguay* (1971), *La experience Chiliènne: réforme ou révolution* (1972) y *Argentine: révolution et contre-révolutions* (1975). Las fechas de publicación indican cómo Labrousse estaba atento a los sucesos políticos e ideológicos en el Cono Sur, pues su libro sobre los Tupamaros sale dos años antes del golpe militar uruguayo. La obra sobre Chile es lanzada un año antes del brutal golpe de Estado liderado por Augusto Pinochet, así como el libro sobre Argentina, que viene al público meses antes del golpe de Estado de 1976.

A partir del Cono Sur, Labrousse lanzó su mirada hacia los Andes, dedicando años de investigación a los movimientos revolucionarios, campesinos e indígenas de Perú, de Bolivia y Colombia. Fue ahí, entre el fin de los años 70 y comienzos de los 80, que Labrousse observó el surgimiento del narcotráfico contemporáneo, establecido alrededor del mercado mundializado de la cocaína producida en estos tres países.

Labrousse buscó entender cómo esta potente economía ilegal se reflejaba en la organización de las guerrillas tradicionales, mientras nuevos grupos dedicados exclusivamente al negocio de la cocaína emergían en el escenario entre la competencia y la cooperación con guerrillas y fuerzas de seguridad de los Estados. Para el sociólogo era imprescindible estudiar el fenómeno del narcotráfico como un proceso social, político y económico complejo que se desarrollaba en países con inmensa iniquidad socioeconómica e histórica, de inclusión subordinada y dependiente al capitalismo global.

Dos libros de estos años son especialmente importantes para entender el trayecto investigativo que Labrousse tomaría a partir de entonces. El primero es *Coca Coke*, fue escrito en colaboración con el geógrafo francés Alain Delpirou, un experto en la geografía de la cocaína andina y en estudios geopolíticos. El libro, publicado en francés en 1986, es una larga investigación sobre el proceso histórico que registra la transformación, los usos y prácticas de la milenaria cultura cocalera andina en

el mercado ilegal transnacional de la cocaína. El segundo libro, llamado *Le sentier lumineux du Pérou. Un nouvel intégrisme dans le Tiers Monde*, sobre la guerrilla peruana del Sendero Luminoso, fue publicado, también en colaboración, en 1989, año crucial para los cambios geopolíticos de la Guerra

Con estas dos obras se abría el camino para las investigaciones sobre tráfico de drogas desde una perspectiva geopolítica. A partir de entonces, y hasta sus últimos trabajos, Labrousse exploró un nuevo camino dentro de la ruta latinoamericanista que había elegido en los años 60: el sendero de la geopolítica de las drogas.

### **La geopolítica de las drogas: ¿Concepto, escuela o perspectiva?**

El filósofo francés, Michel Foucault, empezó en los años 70 una profunda reflexión sobre el sujeto y la producción de conocimiento. Sobre los pasos de Friedrich Nietzsche, Foucault desarrolló una crítica de la ontología del sujeto y del sujeto de conocimiento para afirmar una visión profundamente histórica y materialista de estos dos elementos: el “sujeto” como persona pensante y dotada de una “personalidad”, y del “conocimiento”, entendido como las formas de afirmación de la “verdad sobre el mundo”.

En líneas generales, Foucault sostuvo que nadie “es” alguna cosa de modo universal y atemporal, y que la construcción de la subjetividad es producto de muchas variables histórico-políticas. De la misma manera, las definiciones sobre la “verdad del mundo” serían producto de la interpretación y de la descripción de los fenómenos de lo “real” a partir de miradas siempre ubicadas en el tiempo histórico y político, pues el “sujeto del conocimiento” es, antes de todo, un “sujeto histórico”. Así, no habría una sola “verdad” sobre el mundo y sus fenómenos, pero sí una competencia incesante entre múltiples interpretaciones, todas ellas modeladas a partir de valores, ideologías e intereses político-económicos particulares a ciertos grupos o clases sociales.

La *verdad* hegemónica en una época —para utilizar el concepto gramsciano de hegemonía como “verdad compartida” entre gobernantes y gobernados— es el conjunto interpretativo y valorativo del mundo que se afirmó como lo más fuerte y potente en un determinado momento histórico y en una determinada sociedad. Por esto, para Foucault, el conocimiento es siempre perspectivo: es una perspectiva entre otras, una mirada entre otras, pero que se afirma como “la verdad”, no solamente por

características propias del discurso, sino también por elementos variados de poder —político y económico—.

En este sentido, pensar si la geopolítica de las drogas ha inaugurado una nueva escuela o una subárea de conocimiento, en la tradición de la geopolítica, resulta ser una reflexión interesante. Seguramente, el texto de Labrousse, que usted lector(a) tiene acceso en este dossier, anuncia la intención del autor en enseñar elementos para una “modelización” o —más directamente en castellano— una “teorización” de la geopolítica de las drogas. Esta ambición teórica es una de las razones por las cuales he sugerido este texto de Labrousse a la editora de este número especial de *Cultura y Droga*. Las otras tres son: (1) La labor de síntesis que el sociólogo hizo para presentar la geopolítica de las drogas, (2) el hecho de ser un texto escrito en su madurez, en el momento cuando ya se jubilaba de las principales actividades como investigador y experto en temas de política de drogas; es un artículo que, a pesar de contar ya con más de dos décadas, alcanzó a incluir en su análisis algunos elementos de las relaciones entre la “guerra contra las drogas” y la entonces emergente “guerra contra el terrorismo”, y (3) el hecho de que este texto seguía inédito en castellano.

A pesar de la intención de teorizar sobre la geopolítica de las drogas, Labrousse no nos dejó propiamente un modelo teórico completo y aplicable a diversas situaciones distintas, donde el tráfico de drogas se articula con los intereses y disputas geopolíticas... y esto está lejos de ser un problema. Su esfuerzo, construido a partir del Observatorio Geopolítico de las Drogas (OGD), Think Tank, que fundó y dirigió en Francia entre 1990 y 2000, fue direccionado al trabajo previo que es fundamental para todo intento teórico: el de estudiar los casos concretos, aislar los elementos comunes e identificar las cuestiones particulares a cada manifestación del fenómeno.

Con este objetivo, Labrousse a través del OGD construyó una red internacional de consultores y de colaboradores —entre ellos, este que escribe— que le alimentó de análisis y de informaciones sobre las políticas de drogas y las características del tráfico de drogas en todo el globo. El OGD sacó informes sobre la situación del narcotráfico, de la “guerra contra las drogas” y la relación entre tráfico de drogas y conflictos armados que se destacaron por la independencia científica y analítica. Estos informes circularon entre académicos, organizaciones internacionales y gobiernos, principalmente en Europa, contribuyendo para los años iniciales de la crítica académica más informada y firme a la *war on drugs* y el prohibicionismo, es

decir, el régimen global de control de drogas establecido por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y fundamentado en la criminalización de un gran conjunto de drogas psicoactivas —aquellas que alteran estados de consciencia— y de todas las personas involucradas con ellas —usuarios, productores y negociadores—.

Labrousse no se conformó con solamente recibir información de su red de investigadores. Él siguió con su propia agenda, enfocando el tema de la geopolítica de las drogas en América Latina y Asia (Labrousse, 1991, 2005). A partir de estas dos vías —la de la red de OGD y sus investigaciones individuales—, Labrousse propuso elementos básicos para una “teoría geopolítica de las drogas”. En su importante libro, escrito con Michel Koutouzis, *Géopolitique et Géostratégie des Drogues* de 1996, el/la lector(a) encuentra más que una simple descripción de los conflictos mundiales donde había alguna presencia del tráfico de drogas —como actor o fuente de financiamiento—. Labrousse y Koutouzis plantearon categorías teóricas: “narcoestados”, “narcodictaduras”, “narcodemocracias” y de los “Estados bajo Influencia del narcotráfico”, pensadas a partir de casos reales, pero elaboradas como conceptos aplicables en todo el mundo, siempre respetando las características locales (Labrousse & Koutouzis, 1996).

En los años iniciales del siglo XXI, Labrousse siguió impulsando la construcción de una teoría geopolítica de las drogas, con dos importantes contribuciones. En 2004, fue uno de los articuladores de la edición de un número de la revista *Hérodote*, intitulada “Géopolitique des Drogues Illicites”. Labrousse contribuyó con un artículo sobre Colombia en una edición que reunió importantes expertos como Pierre-Arnaud Chouvy, Laurent Laniel, Luis Astorga y Paul Gootenberg. Este volumen es importante no solamente por el grupo de autores reunidos, sino también por el hecho de que es un esfuerzo colectivo original por abordar el tema del narcotráfico desde una perspectiva geopolítica y por ser *Hérodote* la principal revista de la geopolítica crítica francesa y una de las principales del mundo. La revista fue fundada en 1976 por Yves Lacoste, uno de los más destacados nombres mundiales del renacimiento crítico de la geopolítica en los 70. Lacoste, aún vivo hoy a los 94 años, escribe el editorial para aquel número de *Hérodote*.

La segunda importante contribución fue la publicación, en 2006, de *Géopolitique des Drogues*. Escrito para la prestigiosa colección *Que-sais je?* (¿Qué sé yo?) de Presses universitaires de France. El pequeño libro fue la más condensada y elaborada

tentativa de Labrousse para establecer su geopolítica de las drogas. El libro recupera los objetivos generales de aquel escrito con Koutouzis en 1996, pero agrega experiencia y reflexión sobre el tema, incluyendo actualizaciones sobre la cuestión del rol del opio/heroina en el conflicto en Afganistán cuando recién empezaba la llamada “guerra global contra el terrorismo” (Labrousse, 2005).

El *Geopolítica de las Drogas* fue traducido al rumano (2007), español (2011) y al portugués brasileño (2010). Tuve la oportunidad de sugerir a la editorial Desatino que publicase el libro en Brasil y, aceptada la indicación, revisé la traducción y escribí el prefacio de la obra (Rodrigues, 2010). El libro tiene su estructura espejada en la del artículo que seleccionamos para el volumen “Nuevas dimensiones de la geopolítica de las Drogas”. Labrousse parte de la construcción del régimen internacional de prohibición de las drogas y de la formación de un mercado ilegal de escala global para llegar al análisis de ejemplos distintos de relación entre conflictos, territorio y tráfico de drogas.

Los casos analizados incluyen los temas abordados con frecuencia por Labrousse —como la relación entre guerrillas y el narcotráfico, y las mafias/milicias y el narcotráfico—, pero incluye una breve, pero reveladora, mención a los cambios profundos que el crecimiento de las drogas sintéticas aportaba a la geopolítica de las drogas. Esto sucede porque son drogas producidas en laboratorio a partir de otros productos químicos que son producidos en todas las partes del mundo por la industria fármaco-química. Las drogas sintéticas, por lo tanto, no necesitan de materia prima vegetal, lo que libera a sus negociadores de la necesidad de acceder a grandes plantaciones ilegales, de negociar con masas de campesinos y trabajadores manuales, de controlar o de comprar el servicio de grupos transnacionales de mayoreo, etc. Si la geopolítica de las drogas es el estudio de la interacción entre conflictos armados, territorios y tráfico de drogas, un cambio tan profundo en la expresión territorial y material de la economía de las drogas ilícitas implica necesariamente transformaciones expresivas en su geopolítica. Este estudio aún debe ser realizado con más profundidad, aunque haya despertado el interés de gobiernos del Norte Global —sobre todo los Estados Unidos ante el crecimiento de abuso de opioides y de metanfetaminas desde el comienzo del siglo XXI—, a Think Tanks y a investigadores independientes (Felbab-Brown, 2022).

Después de esta obra, Labrousse, ya jubilado y empezando a enfrentar la enfermedad que lo afectó, volvió a su tema de interés primero: las izquierdas latinoamericanas. Animado por la “oleada rosa” —la ascensión de gobiernos de centroizquierda en la primera década del siglo XXI en Sudamérica—, Labrousse volvió a Uruguay para investigar la llegada al poder de José “Pepe” Mujica a la presidencia del país. El exlíder guerrillero tupamaro, y muchos de sus camaradas, vencieron en las elecciones nacionales de 2009, llegando al poder por la vía democrática. Labrousse entrevistó a antiguos guerrilleros, analizó los cambios ideológicos entre los tiempos de la lucha armada y los de la disputa electoral, y publicó su último libro: *Les Tupamaros, des armes aux urnes*. El ciclo intelectual de Labrousse se cerró, así, con una reflexión sobre el objeto que le dio inicio treinta años atrás.

Como indica el título del texto que encontrará a continuación, Labrousse tenía un objetivo analítico más amplio que la descripción de la dinámica mundial entre drogas ilegales y conflictos. Labrousse buscaba una teoría de la geopolítica de las drogas. Aunque no haya publicado una extensa elaboración teórica, el sociólogo francés dejó indicaciones importantes sobre como avanzar en el estudio de este aspecto de la geopolítica, vinculándole a otras dimensiones de la geopolítica global.

Si, como dice Michel Gandilhon (2017), la geopolítica crítica, de la perspectiva de Yves Lacoste y seguidores, es un campo de estudio formado por el cruce de intereses y de problemas antropológicos, sociológicos, estratégicos y políticos, Labrousse —por cierto— no demostró la intención de crear una “teoría pura” o independiente de otras. Su trabajo, de este modo, se acerca al concepto de perspectiva en Michel Foucault, es decir, una mirada teórico-metodológica que tiene un enfoque declarado en subrayar los límites a la libertad humana —su bien estar, su libertad política, su derecho a los bienes públicos, etc.— impuestos por los conflictos relacionados con las drogas ilícitas.

Labrousse deja claro que su perspectiva indica cómo la ilegalidad y la globalización de ciertas drogas psicoactivas significan, en verdad, la criminalización de ciertos grupos humanos, en general, siempre las franjas más débiles, pobres y estigmatizadas moral y étnicamente de las sociedades alrededor del mundo. Si hay una relación entre drogas ilegales y conflictos armados o, para decirlo de otro modo, si hay una geopolítica de las drogas, es porque el régimen prohibicionista ha creado un increíble

y rentable mercado mundial que sirve como fuente para alimentar conflictos en todo el planeta.

De hecho, si hay conflictos armados, guerras civiles, insurrecciones fundamentalistas e invasiones de Estados por otros Estados en el mundo, ello no es responsabilidad de la prohibición de las drogas. Sin embargo, la prohibición general produce miles de millones de dólares anuales que no son ignorados por todas las formas de acción violenta, sea de grupos no-estatales, sea de algunos Estados y sus fuerzas de seguridad.

De este modo, la geopolítica de las drogas no es una “escuela geopolítica”, tampoco una “teoría” en el sentido positivista, sino una perspectiva crítica hacia los conflictos armados y hacia la *war on drugs*. Así, Labrousse deja una contribución para los/as analistas críticos/as interesados/as en trabajar para que, un día, no haya más un objeto de estudio como este de la geopolítica de las drogas.

### **El intelectual generoso**

Mi primer contacto con Alain Labrousse fue en 1999. Yo estaba empezando la investigación de maestría en Brasil sobre el tema de la construcción del prohibicionismo y la geopolítica de la *war on drugs* en América Latina. Conociendo su trabajo y muy influenciado por él, entré en contacto por correo electrónico con Labrousse, en aquel entonces aún director del OGD. Su respuesta fue rápida y acogedora. Labrousse me informó que estaba coordinando un gran diccionario sobre la geopolítica de las drogas en el mundo y que por eso estaba ampliando su red de colaboradores a nivel mundial. Luego me invitó a componer esta red, ofreciendo informaciones sobre el narcotráfico en Brasil —sus grupos, la dinámica de su mercado ilegal, las cuestiones relacionadas al tráfico y la Amazonía, entre otras cuestiones—.

En el año 2000, el OGD cerró sus puertas por falta de financiamiento, pero Labrousse no paró de trabajar el tema, tampoco interrumpió la elaboración del diccionario. Entre el 2000 y el 2002, Labrousse fue acogido en el Observatorio Francés para las Drogas y Toxicomanías (OFGD); es una institución de investigación de interés público creada en 1993 y ligada al área de salud del Gobierno de Francia, que realiza investigaciones sobre el tema de las drogas psicoactivas y las adicciones. Antes de su definitiva jubilación de los puestos institucionales, Labrousse logró publicar su



diccionario. El libro, intitulado *Dictionnaire Géopolitique des Drogues: la drogue dans 143 pays; productions, trafics, conflits, usages*, es una obra de impresionantes 745 páginas, organizada de forma que cada país analizado tenga una entrada escrita de forma colectiva por los/as colaboradores/as de la red. Mi contribución se encuentra en la entrada *Brésil*.

Nos conocimos personalmente en 2007, mientras estaba cumpliendo mis estudios doctorales en el Instituto de Altos Estudios sobre la América Latina (IHEAL) de la Universidad de la Sorbonne-Nouvelle (París III). Labrousse fue fundamental para que hiciera contacto con la profesora que fue mi tutora en el IHEAL, la politóloga Dra. René Fregosi, y me puso en contacto con investigadores, como el argentino Juan Gabriel Tokatlian, al estadounidense Bruce Bagley y al recién fallecido mexicano Jorge Chabat. He mantenido contacto con todos por los años siguientes y con el propio Alain, que quedó contento con la publicación en Brasil de su *Geopolítica de las Drogas*.

Es cierto que la contribución de Labrousse tiene límites, como todos los aportes teóricos. De un lado, es posible notar cómo la visión de la guerra contra las drogas, que deja, tiene un carácter muy centrado en la supuesta responsabilidad de los Estados Unidos como gran impulsador mundial de la forma militarizada y prohibicionista de lidiar con un gran número de drogas psicoactivas.

Es verdad que los EE. UU. son fundamentales, desde comienzos del siglo XX, para entender la construcción del prohibicionismo y, desde finales de los 60, sobre las formas contemporáneas de la *war on drugs* (McAllister, 2000; Paley, 2020). No obstante, la idea de que el prohibicionismo y la *war on drugs* fueron una imposición de los estadounidenses a los gobiernos latinoamericanos y caribeños —para no decir de todos los continentes—, es una simplificación demasiado grande que absuelve a los gobiernos locales de responsabilidad e impide que se note los fundamentos locales del prohibicionismo, enraizados en prácticas sociales, prejuicio, racismo, xenofobia y lógicas gubernamentales de cada país donde se haya desarrollado (Chouvy & Launiel, 2017).

La idea de una *war on drugs* como mera expresión del “imperialismo americano” es frágil e incompleta. Hay una hegemonía global del prohibicionismo que debe ser encarada como un discurso y un conjunto de prácticas morales, gubernamentales

y securitarias que responden a complejos y variados intereses locales y globales (Rodrigues *et al.*, 2022).

Por otro lado, Labrousse deja un importante legado. Nos alerta de la necesidad de analizar la relación dialéctica de los impactos geopolíticos y geoeconómicos de la prohibición y la importancia de no clasificar indistintamente a los movimientos armados que tengan alguna relación con el tráfico de drogas de “narcoguerrillas”, entendiendo que hay diferencias entre el nivel de involucramiento entre grupos armados y el narcotráfico.

Sus observaciones sobre la escalada de las ganancias y las relaciones entre drogas ilícitas y venta de armas —directa o indirectamente— siguen válidas para analizar los conflictos donde hay la presencia de grupos narcotraficantes o donde la producción y venta de drogas ilegales son componentes importantes en situaciones de guerra o de conflicto prolongado.

La traducción que sigue busca aclarar los elementos trabajados por Labrousse, teniendo en cuenta la distancia de veinte años que separa la publicación en francés y en español. Sin embargo, para un número especial como este, interesa más subrayar el papel precursor de Alain Labrousse como principal autor de la primera generación de los “geopolíticos de las drogas”. Parafraseando a Isaac Newton, es necesario subir en hombros de gigantes para poder mirar más allá de lo que ya se sabe.

La tarea de los/as geopolíticos/as de las drogas, ahora, es no repetir a Labrousse. El tributo más sincero a su obra, a su dedicación y coherencia en vida es leer su obra de forma crítica e ir más allá para responder a los problemas y a los desafíos del presente. Desafortunadamente, el avance antiprohibicionista que existe hoy para el *cannabis* no perturba los efectos violentos y conflictivos del mercado mundial de drogas ilícitas. Muchas sustancias psicoactivas siguen ilícitas y cada año otras son añadidas a las listas internacionales. Como la demanda aumenta en tiempos de capitalismo neoliberal global, las ganancias siguen grandes y atraen a todo el inmenso abanico de grupos armados, milicias y agentes públicos corrompidos por la fuerza económica del narcotráfico. Desafortunadamente, la geopolítica de las drogas sigue siendo un instrumento analítico necesario e indispensable para comprender muchas formas de violencia en este violento mundo de hoy.

## Referencias bibliográficas

- Chouvy, P. A. & Laniel, L. (2017). De la Géopolitique des Drogues Illicite, *Swaps*, (87), 26-31. [https://bdoc.ofdt.fr/index.php?lvl=bulletin\\_display&id=8459](https://bdoc.ofdt.fr/index.php?lvl=bulletin_display&id=8459)
- Felbab-Brown, V. (March 7, de 2022). China and Synthetic Drugs: Geopolitics Trumps Counternarcotics Cooperation. *Brookings*. <https://www.brookings.edu/articles/china-and-synthetic-drugs-geopolitics-trumps-counternarcotics-cooperation/>
- Gandilhon, M. (2017). Le politique et le savant: hommage à Alain Labrousse. *Swaps*, (87), 2-5. [https://bdoc.ofdt.fr/index.php?lvl=notice\\_display&id=79327](https://bdoc.ofdt.fr/index.php?lvl=notice_display&id=79327)
- Labrousse, A. (1991). *La drogue, l'argent et les armes*. Fayard.
- Labrousse, A. (2005). *Afghanistan, opium de guerre, opium de paix*. Fayard.
- Labrousse, A., & Koutouzis, M. (1996). *Géopolitique et Géostratégies des Drogues*. Economica.
- McAllister, W. (2000). *Drug Diplomacy in the Twentieth Century*. Routledge.
- Paley, D. M. (2020). *Capitalismo antidrogas: una guerra contra el pueblo*. Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos y Libertad bajo Palabra.
- Rodrigues, T. (2010). Drogas e guerras. En A. Labrousse (ed.), *Geopolítica das Drogas*. Desatino.
- Rodrigues, T., Carvalho, J., & Policarpo, F. (2022). Brasil y el Drug Policy Framework (DPF): una propuesta teórica para el análisis de las políticas de drogas en las Américas (estudio de caso: 1951-1961). *Diálogos Latinoamericanos*, 30, 1-21. <https://doi.org/10.7146/dl.v30i.127365>

# Drogas y conflictos: elementos para una teoría<sup>1</sup>

Alain Labrousse

## Una herencia de la historia

Las relaciones entre las expediciones militares, las conquistas o los conflictos y las drogas son tan antiguas como el uso, por parte de los humanos, de sustancias que alteran los estados de conciencia. Así, una droga está asociada con la palabra que anticipó siete siglos antes a la que usamos hoy en día, que nos legó la Revolución Francesa: la palabra “asesino”. Del siglo XI al XIII de nuestra era, los miembros de una secta religiosa fundamentalista establecida entre los actuales Irán, Irak y Siria, que luchaban contra el poder de Bagdad y los cruzados occidentales, fueron calificados como asesinos —*hachichiyin*— porque, con razón o sin ella, se les atribuían crímenes cometidos bajo la influencia del hachís (Labrousse y Koutouzis, 1996).

Sin embargo, habría que esperar hasta finales del siglo XVIII para que lo que se convertirá en una “droga” esté en el centro de un conflicto de verdadera importancia. Durante el asedio de La Paz (1781-1782) liderado por el líder indígena Julián Apaza, conocido como Tupac Katari, que se levantó contra los españoles, los campesinos quechua y aymara que constituían sus tropas se negaban a ir a la batalla si no se les suministraban hojas de coca, que permitían a los asediados soportar las privaciones (Lema, 1988). En el siglo XIX, las “guerras del opio” representan el primer gran conflicto (1839-1842 y 1856-1858) en el que una droga es el objetivo económico, ya que los ingleses inundaron China de opio producido en India para equilibrar su comercio con el Imperio Celestial, al que compraban té y sedas.

Como se puede observar desde muy temprano, las drogas tienen funciones que son propias de la época contemporánea. En primer lugar, son buscadas por sus efectos psicofisiológicos, ya sea estimulando el ardor del guerrero o volviéndolo inconsciente

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente como: *Drogues et Conflits: éléments pour une modélisation*, Autrepart, n. 26, 2002/2003, p. 141-156. Traducción de Thiago Rodrigues.

del peligro; o bien, aliviando, después de la batalla, el dolor de las heridas o la extremada tensión generada por los enfrentamientos, especialmente cuando toman la forma del combate cercano. Pero hoy en día, los vínculos entre las drogas y los conflictos son principalmente de naturaleza económica debido al valor añadido que la prohibición confiere a las primeras. En su mayoría, son grupos rebeldes, guerrillas u organizaciones terroristas (Labrousse, 2002b) los que recurren al dinero del narcotráfico para financiar sus actividades. Sin embargo, especialmente en los países productores, no es raro que las fuerzas que los combaten estén involucradas en el tráfico de drogas. Debido a la prohibición que pesa sobre estas sustancias, los Estados no pueden utilizar abiertamente los recursos que proporcionan, pero a veces son sus servicios especiales los que las utilizan para llevar a cabo operaciones secretas.

Es con la prohibición de las drogas, implementada de forma progresiva por la comunidad internacional durante la primera mitad del siglo XX —pero que realmente entra en vigor después del final de la Segunda Guerra Mundial (Dudouet, 1996)—, que la relación entre estas sustancias y los conflictos adquirió una dimensión particular. Así, cuando en 1949 las fuerzas del Kuomintang (KMT) de Chiang Kai-Shek fueron derrotadas en China por los comunistas, los restos de la 93ª división del general Li Mi se trasladaron a Birmania y se establecieron en el estado shan (McCoy *et al.*, 1980). Estos grupos fueron reorganizados con la ayuda de Taiwán y de la CIA para llevar a cabo una invasión de China desde el sur. Para financiar sus operaciones, los nacionalistas desarrollaron la producción de opio, que hasta entonces las tribus locales pertenecientes a las minorías étnicas del país utilizaban de forma tradicional. Las tropas que no fueron repatriadas a Taiwán establecieron laboratorios de producción de heroína a principios de la década de 1960. En Vietnam, después de la retirada del ejército francés, la CIA estableció un ejército secreto que llegó a contar, en 1965, con hasta 30 000 mercenarios (McCoy *et al.*, 1980). Su financiamiento se basaba en gran parte en el dinero obtenido del tráfico de opio y heroína. Posteriormente, la CIA hizo la vista gorda ante los negocios dirigidos por sus aliados vietnamitas —los generales Thieu, K entre otros—, a pesar de que las víctimas de estas drogas incluían a miembros del cuerpo expedicionario estadounidense.

El mismo proceso se repitió durante el conflicto en América Central, cuando el Congreso de los Estados Unidos, entre octubre de 1984 y octubre de 1986, suspendió toda la ayuda militar (Enmienda Boland) proporcionada por los Estados Unidos a

los contras antisandinistas (Dale Scott & Marshal, 1991). Los aviones que venían de los Estados Unidos llevaban armas, alimentos y equipos a los contras del Frente Sur, con sede en Costa Rica, y luego regresaban a Colombia. A su regreso, transportaban cargamentos de cocaína proporcionados por el cartel de Medellín y destinados al mercado estadounidense. La droga era entregada en ranchos del norte del país que pertenecían a un ciudadano estadounidense, John Hull. Este último apoyaba a los rebeldes de Nicaragua, en estrecha colaboración con la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional (NSC, por sus siglas en inglés), como se descubrió cuando un avión de transporte del Gobierno se estrelló cerca de un rancho y sus ocupantes fueron asesinados.

La cobertura proporcionada por los servicios secretos estadounidenses a los traficantes de drogas se renovó en Afganistán en la década de los ochenta. Sin embargo, dado que las consecuencias de esto todavía se sienten después del 11 de septiembre de 2001, lo analizaremos como un fenómeno contemporáneo. Lo mismo ocurre con una serie de movimientos armados, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), los Tigres de Liberación del Eelam Tamil (LTTE) en Sri Lanka, el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) en Turquía o el Nuevo Ejército del Pueblo (NPA) en Filipinas, que fueron fundados desde los años sesenta hasta los años ochenta, pero siguen siendo actores indispensables en conflictos que continúan al comienzo del tercer milenio (Labrousse, 1991).

Paradójicamente, el fin de la Guerra Fría ha llevado a la “democratización” del uso de las drogas como medio para financiar los conflictos. Ya lo mencionamos en el caso de la Guerra de Vietnam o del conflicto en América Central, pero a partir de la caída del Muro de Berlín, la mayoría de los conflictos locales empezó a depender del dinero proveniente de actividades ilícitas.

De hecho, el fin de la Guerra Fría, durante la cual las dos superpotencias evitaban enfrentarse directamente gracias a la disuasión nuclear, no eliminó los conflictos locales (Labrousse Koutouzis, 1996). Se descubrió que los motivos ideológicos de estos conflictos (lucha por el socialismo, liberación nacional, anticomunismo) escondían, en su mayoría, enfrentamientos entre nacionalidades, grupos étnicos o religiosos. Los beligerantes, al no poder depender del financiamiento de sus poderosos protectores, tuvieron que encontrar en el tráfico de todo tipo, incluyendo

el de drogas, fuentes alternativas de recursos. Algunos de estos conflictos, como en Colombia, Afganistán o Angola, existían antes del fin de la Guerra Fría.

La retirada de los partidos hermanos o de poderosos protectores no solo los hace cada vez menos controlables, sino que también lleva a algunos de sus protagonistas a actividades de simple depredación. En otros casos, el colapso de los regímenes comunistas, al abrir la válvula que mantenía artificialmente a los pueblos “unidos”, como en el caso de Yugoslavia (Chassagne, 2001), provocó nuevos conflictos. Situaciones similares se reprodujeron en Azerbaiyán-Armenia, Georgia (Abjasia, Osetia, gargantas de Pansiki) (Koutouzis, 1996), Chechenia o Tayikistán. Estos conflictos, que llevaron al debilitamiento de los Estados, e incluso a veces a su desintegración, también son la causa del desarrollo del tráfico.

Es posible hacer una lista de los conflictos que tuvieron lugar durante los años noventa y algunos de los cuales continúan en los primeros años del tercer milenio, en los cuales la presencia de drogas, en diversos niveles, está confirmada:

- América Latina: Colombia, Perú, México.
- Asia: Afganistán, Tayikistán, Uzbekistán, India (Cachemira, estados del noreste), Sri Lanka, Myanmar, Filipinas, Azerbaiyán-Armenia, Chechenia, Georgia (Adzharia, Abjasia, región de Pankissi).
- Europa: Ex Yugoslavia, Turquía, Irlanda, España.
- África: Argelia, Egipto, Sudán, Senegal (Casamance), Guinea-Bissau, Liberia, Sierra Leona, República Democrática del Congo (RDC), Congo, Chad, Uganda, Ruanda, Angola, Somalia, Comoras (Anjouan) (OGD, 1999).

### **Las particularidades del financiamiento de los conflictos por las drogas**

El período en el cual se democratiza el uso de recursos provenientes de actividades ilícitas, especialmente de producción y tráfico de drogas, está lleno de ejemplos que permiten intentar una teorización de las relaciones entre drogas y conflictos.

Lo que favorece las relaciones entre las drogas y los conflictos es una característica del comercio de drogas: la *escalada de las ganancias*. Las drogas de origen natural, en particular la cocaína extraída de la hoja de coca y la heroína obtenida a partir del

opio producido por la adormidera, son el resultado de una serie de transformaciones (tres o cuatro en el caso de la cocaína, media docena en el caso de la heroína). En cada etapa de estas transformaciones, el valor del producto aumenta de manera sustancial, en todo caso de manera mucho más marcada que en la producción agrícola legal.

La primera causa de la escalada de las ganancias, y esto también se aplica a los subproductos del cannabis (marihuana, hachís, aceite) y las drogas sintéticas, es superar obstáculos en las rutas (terrestres, marítimas, aéreas) que conectan los países productores (en su mayoría países del tercer mundo) con los países consumidores (los países ricos). Estos obstáculos pueden ser accidentes geográficos (regiones montañosas o selváticas, puertos, estrechos) o fronteras entre países que presentan aún más riesgos (Chouvy, 2002). Por ejemplo, se observa que el precio de la cocaína se triplica después de cruzar la frontera que separa México de Estados Unidos.

La segunda causa de la escalada de las ganancias es cuando la droga que llega a los mercados de consumo sufre fraccionamiento en pequeñas dosis, siendo fuertemente cortadas con aditivos sin valor. Otros productos, que tienen un valor añadido alto, pueden ser utilizados para financiar los conflictos. Sin embargo, las piedras preciosas, por ejemplo, por un lado, no sufren transformación (el tallado del diamante suele ser realizado por el comprador) y, por otro lado, cruzan las fronteras con mucha más facilidad debido a su reducido volumen.

En resumen, se puede decir que en cada una de las etapas (que a su vez se dividen en varias secuencias intermedias) de la producción, transformación y comercialización de drogas, los márgenes de beneficio son considerablemente altos. En el caso de la cocaína y la heroína, el precio, desde el productor hasta el consumidor, se multiplica en promedio por 2500 (Labrousse, 2000). Cada una de estas etapas constituye, según el sociólogo Alain Joxe, “un lugar de acumulación de poder, de fuerza militar, porque cuando hay excedentes, se pueden alimentar a los soldados” (Joxe, 1991, p. 121).

La primera modalidad de las relaciones entre las drogas y los conflictos está relacionada con la adquisición de armas y, por lo tanto, con la articulación entre los grupos armados y las redes clandestinas de venta de armas. Puede tratarse de la venta de drogas con el fin de comprar armas y equipos. Una variante implica simplemente el intercambio de drogas por armas. Estas dos modalidades conciernen a las organizaciones que controlan zonas de producción y transformación.



*Figure 1 – L'escalade des profits (sur la base d'un kilo de cocaïne et d'un kilo d'héroïne pures payé en US dollars), à la fin des années quatre-vingt-dix*

<b>Cocaïne (fabriquée en Bolivie, au Pérou et en Colombie)</b>	
Prix payé au producteur par le collecteur pour 200 kg de feuilles (= kilo de pâte base « lavée »)	200
1 kg de pâte base payé au producteur	350
1 kg de base lavée payée à l'intermédiaire	500
1 kg de chlorhydrate à la sortie du laboratoire	1 500
1 kg de chlorhydrate payé par l'exportateur colombien	2 500
1 kg payé à l'importateur de gros (Miami)	10 000
Gros (New York)	20 000
Gros (Paris)	30 000
Gros (Copenhague, Moscou, Ryad)	150 000
Rapport de la vente au détail (produit coupé)	500 000
Cette escalade des profits est théorique, car beaucoup de consommateurs de cocaïne dans les pays riches achètent par dizaines, voire par centaines de grammes une drogue relativement pure.	
<b>Héroïne (fabriquée au Pakistan)</b>	
Prix d'un kg d'opium payé au producteur par le négociant	60
Prix payé par le laboratoire au négociant	80
Prix d'un kilo de morphine base (10 kg d'opium) à la sortie du laboratoire	1 200
Prix de l'héroïne à la sortie du laboratoire	3 000
Prix payé à la frontière du Pakistan	5 000
Prix de gros en Turquie	12 000
Prix de gros en Hollande	50 000
Rapport de la vente au détail	1 500 000
Ces chiffres n'ont qu'une valeur indicative et peuvent connaître des variations sensibles selon le pays, l'année et la saison, le contexte politico-militaire, etc.	

Source : Labrousse [2000].

Una segunda modalidad involucra a grupos que operan en áreas no productoras (por ejemplo, grupos de guerrilla urbana u organizaciones terroristas). En este caso, a veces, el vendedor ofrece a su cliente tanto las armas como las drogas. La escalada de las ganancias generadas por la venta de drogas garantiza al vendedor que las armas serán pagadas mediante la reventa del producto. Esta práctica no es posible cuando existe una fuerte dependencia del comprador hacia el vendedor. En ese caso, el comprador puede temer represalias o perder su fuente de suministro si las condiciones del mercado no se cumplen. En ciertos casos, el grupo armado incluso se ve obligado a comprar drogas para adquirir armas. La ventaja para el vendedor es que no tiene que duplicar sus redes de drogas y armas, lo que asegura una mayor

seguridad en la transacción. La mayoría de las veces, los vendedores de armas y/o drogas pertenecen a redes puramente criminales.

Sin embargo, en ocasiones, en el caso de organizaciones armenias o kosovares, por ejemplo, los traficantes también son “militantes”. Por otro lado, ciertas redes “militantes” logran desviar en su beneficio las rutas criminales.

### **Drogas y conflictos: relaciones dialécticas**

Un cierto número de estos conflictos resulta del levantamiento de grupos contra la autoridad del poder central. En este caso, el uso de los recursos proporcionados por la producción y el comercio de drogas se encuentra en varios niveles de la escala de ganancias que hemos mencionado anteriormente (ver supra). Estos niveles dependen, en su mayoría, de las restricciones y limitaciones impuestas por la capacidad para controlar territorios y rutas, el grado de apoyo social que reciben las organizaciones rebeldes, su estrategia y táctica militares, etc.

En primer lugar, se destaca el financiamiento de los grupos insurgentes a través de impuestos recolectados de los agricultores sobre *el valor del producto agrícola*. Esto implica un intercambio de servicios para las guerrillas: protección contra los abusos de los comerciantes, delincuentes y, sobre todo, contra las incursiones y la depredación de las fuerzas de represión.

El segundo nivel de financiamiento involucra impuestos pagados a la guerrilla, al igual que cualquier otra mercancía que transite por los territorios que controla, por parte de los *comerciantes y traficantes* (a menos que los combatientes mismos se encarguen de la comercialización del producto).

Algunos grupos establecen *laboratorios de transformación* para vender el producto final a los traficantes. La cuarta modalidad de esta relación implica que los grupos armados acompañen el producto hasta los países consumidores y se involucren en el *comercio minorista local*.

Pero antes de profundizar e ilustrar estas diversas modalidades de financiamiento de conflictos mediante las drogas, es necesario hacer algunas observaciones preliminares. El nivel de financiamiento del conflicto no es sin consecuencias para

su naturaleza. Hemos visto que cuanto más se involucran los grupos insurgentes en el tráfico, en etapas más avanzadas del tráfico internacional, mayores serán sus ganancias, ya que es al cruzar la frontera de los países consumidores y en el nivel de comercialización en sus mercados minoristas donde la escalada de las ganancias es más significativa. Sin embargo, es también en estos niveles donde los vínculos con las mafias internacionales son más necesarios y, por lo tanto, los riesgos de criminalización de los grupos insurgentes son mayores.

De hecho, en el caso en el que las drogas desempeñan un papel fundamental en el financiamiento de un conflicto, estas pueden influir en su naturaleza hasta el punto de desnaturalizar los objetivos declarados del conflicto. En este contexto, se pueden mencionar algunos elementos de la relación dialéctica entre drogas y conflictos.

- Los beligerantes pueden utilizar, para financiarse a través de la venta de drogas, redes preexistentes a la guerra que implican otros productos legales o ilegales.
- En un primer momento, la droga se convierte en uno de los principales *recursos de la guerra*.
- Durante el conflicto, la droga puede convertirse en un *problema relativo* (conflicto por el control de la producción y/o comercialización de drogas para financiar mejor el conflicto) o en un *problema absoluto* (conflicto por los recursos proporcionados por las drogas fuera de cualquier otro motivo). En este caso, se puede hablar de “guerrillas degeneradas”.
- Los conflictos en los que la droga ya no es el motor, sino el objetivo, nos devuelven al punto de partida, es decir, al terreno de los conflictos locales. Diferentes *grupos rebeldes* pueden entrar en conflicto por el control de zonas de producción o rutas de transporte de drogas.
- Cuando las *tropas regulares* entran en conflicto con los rebeldes no para controlar territorios, como es su función, sino áreas de producción ilícita, esto pone la droga en el centro de los intereses de los beligerantes en detrimento de sus motivos ideológicos y lleva a la *criminalización* de los insurgentes por parte de las fuerzas del orden que los combaten. En este caso, la droga se convierte en un elemento de la *prolongación del conflicto*.

- En el caso de una solución al conflicto, el *tráfico de drogas* puede persistir, y las antiguas milicias o *freedom fighters* (luchadores por la libertad)<sup>2</sup> se transforman en bandas de traficantes.

## **Niveles de articulación entre drogas y conflictos: el impuesto sobre las culturas ilícitas**

La importancia de las ganancias, como hemos dicho, depende del nivel en la cadena de producción y transformación de drogas en el que se encuentran los beligerantes. Pero el nivel de articulación no solo tiene un impacto económico. Implica relaciones con los actores en la cadena de drogas, que a su vez están relacionados con la estrategia y táctica del grupo armado y tienen influencia en su grado de criminalización.

El primer nivel de esta articulación, y el más común, implica que los grupos armados impongan un impuesto sobre las producciones agrícolas de plantas de drogas. Esto significa que se deben considerar sus relaciones con las poblaciones, que pueden variar según si se trata de guerrillas étnicas o guerrillas ideológicas, especialmente marxistas.

Las guerrillas que se desarrollan en zonas rurales, sin una ayuda externa significativa (como en Colombia, Birmania, India, Filipinas, Senegal, etc.) (Labrousse, 2002a; Chouvy, 2002), están obligadas a obtener medios de subsistencia para sus combatientes de la población local. Donde existen cultivos ilícitos, imponen un impuesto sobre las producciones. Esto implica que los grupos armados tienen relaciones muy estrechas con la población rural en la que operan. Estas relaciones generalmente se basan en el intercambio de servicios. La guerrilla protege a los cultivadores de la represión llevada a cabo por la policía o el ejército y obliga a los traficantes a pagar un precio por la droga. A cambio, los productores pagan un impuesto a la guerrilla. También pueden servir como auxiliares, proporcionar combatientes, entre otras cosas. La protección de los cultivos ilícitos permite a la guerrilla consolidar y organizar su base social.

Es mucho más fácil cuando los rebeldes luchan por el reconocimiento de los derechos de la etnia a la que pertenecen, como en el caso de los ejércitos Kachin (KIO) o los

---

<sup>2</sup> El autor se refiere al nombre utilizado tanto por la literatura especializada como por los discursos periodísticos y gubernamentales para definir tropas o grupos combatientes en conflictos irregulares —como guerras de liberación nacional o guerras revolucionarias— que son consideradas por los Estados que los apoyan como grupos de resistencia contra invasiones o regímenes autocráticos (N. del T).

Wa (UWSA) en Birmania (Boucaud & Boucaud, 1992; Chouvy, 2002), del Ejército Popular de Liberación de Manipur en el valle de Imphal, al noreste de la India (estado de Manipur) o del Movimiento de Fuerzas Democráticas de Casamance (MFDC, por sus siglas en francés) en Senegal. En este caso, el apoyo de la población a los rebeldes es algo natural y evidente. Por otro lado, la guerrilla no tiene elección en cuanto a su ubicación: debe luchar donde viven las poblaciones del grupo al que pertenecen y la existencia de cultivos ilícitos no modifica las modalidades de control del territorio por parte del grupo armado.

Cuando los grupos armados luchan en nombre de una ideología política, la presencia constante o esporádica en un territorio, necesaria para obtener recursos de producciones agrícolas, legales o ilegales, es un elemento fundamental de su estrategia. Esto los obliga a llevar a cabo una guerra de posición cerca de las zonas productoras de cannabis, coca o amapola. De lo contrario, la cosecha podría beneficiar a un movimiento rival o a las fuerzas de represión. La necesidad de estar cerca de los productores es un factor crucial para la credibilidad de las guerrillas políticas, ya que se basa en su capacidad para garantizar a los agricultores la posibilidad de cultivar y vender sus productos, ya sean legales o ilegales. Esta dependencia de los productores obligó, por ejemplo, a la guerrilla de Sendero Luminoso, en Perú, a cambiar su área de operaciones a mediados de la década de 1980 en el valle del río Huallaga y en la Amazonía peruana (Labrousse, 1996). Sendero Luminoso estaba operando en la alta cuenca del Huallaga cuando un hongo destruyó los cultivos de coca en esa región. Los productores de hojas de coca, que eran solo una fracción de los agricultores que se suponía que apoyaban a la guerrilla maoísta, se trasladaron a la cuenca media del Huallaga para sembrar esta planta. Las columnas de Sendero Luminoso, de las cuales constituían la base social más importante, siguieron a estos campesinos hasta el valle del Huallaga. El problema para los maoístas fue que la cuenca media del Huallaga ya estaba controlada por otro movimiento guerrillero, el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), con el cual tuvieron que luchar para establecerse en la región.

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) ofrecen un caso particularmente interesante de articulación entre un movimiento revolucionario marxista y la producción ilícita (Labrousse, 2011). Colombia, que ha sido el principal productor mundial de clorhidrato de cocaína durante unas tres décadas, también superó al Perú como el principal productor mundial de hojas de coca en la segunda

mitad de la década de 1990. En 2002, las áreas cultivadas con coca superaban las 150 000 hectáreas, a las que se sumaban unas 20 000 hectáreas de amapola y cannabis. Abordaremos más adelante los vínculos de los grupos paramilitares de extrema derecha, así como del propio ejército colombiano, con estas actividades ilegales.

A principios de la década de 1990, cuando los cultivos de coca comenzaron a expandirse en las zonas controladas por las FARC, especialmente en los departamentos de Guaviare, Putumayo y Caquetá, la primera reacción de sus líderes, cuya formación marxista los llevaba a considerar las drogas como un producto de la «degeneración capitalista», fue oponerse a la producción y al tráfico (Labrousse, 1996). Fueron los líderes de la guerrilla nacionalista y «pequeñoburguesa» del M-19 quienes los convencieron de que el uso de los recursos provenientes de estas actividades era «tácticamente» aceptable para los revolucionarios. Este argumento fue aún más aceptable para las FARC porque estos cultivos formaban parte de la estrategia de supervivencia de los agricultores que constituían su base social.

Inicialmente, la guerrilla fijó el monto de los salarios pagados por los traficantes a los recolectores de hojas de coca a cambio de un impuesto del 7 % al 10 % pagado por los agricultores. Este impuesto no se aplicaba a los cultivos de subsistencia, pero se extendió al producto intermedio de la transformación, la pasta base, cuando los agricultores comenzaron a fabricarla. La guerrilla también recibía el 8 % de los precios pagados por los comerciantes por la compra de hojas o pasta base. Al mismo tiempo, las FARC presionaron a los agricultores para que no se dedicaran a la monocultura de la coca (dos tercios de las áreas debían dedicarse a los cultivos de subsistencia). Además, en sus áreas de control, prohibían la presencia de ladrones, informantes y sicarios y, sobre todo, tomaron medidas enérgicas, llegando incluso a la pena de muerte para los consumidores de basuco (cigarrillos impregnados de los residuos de cocaína base). Este control social se consolidó notablemente después del colapso de los precios de la coca en 1982-1983, causado por la sobreproducción, que dejó a muchos agricultores desamparados. Se impuso una estricta obediencia a las reglas, y las infracciones fueron castigadas severamente, pero acompañadas de beneficios que no estaban disponibles en otras áreas bajo la influencia de la guerrilla: provisión de servicios (educación, salud, crédito, etc.), monopolio del uso de la fuerza y de la administración de la justicia.

Su papel como intermediarios entre productores y comerciantes les permite obtener recursos significativos que reinvierten en el financiamiento de su expansión territorial. Así, el desarrollo de la guerrilla llevó a la dirección de las FARC a reorganizar lo que ellos llaman sus «frentes» (columnas de alrededor de cien guerrilleros), que pasaron de 7 a 32 entre 1978 y 1987. Estos nuevos frentes surgieron en regiones con interés económico debido a la presencia de piedras preciosas, petróleo y, sobre todo, drogas. Este fortalecimiento de la organización no carece de consecuencias políticas. De hecho, los frentes más antiguos, compuestos por guerrilleros políticamente formados y con gran experiencia en la lucha popular, tienden a permanecer en regiones ocupadas anteriormente por la guerrilla y que no tienen ningún potencial económico. Los nuevos frentes están formados por guerrilleros más jóvenes que tienen prácticas más militaristas. La guerrilla, por lo tanto, se desarrolla cuantitativamente sin fortalecerse político-militarmente. Veremos que esto abre la puerta a desviaciones, especialmente cuando las FARC se involucran en los niveles siguientes de la transformación y el comercio de drogas.

### **Impuesto sobre los productos elaborados y su comercialización: los talibanes y las FARC**

Cuando los grupos armados controlan zonas de cultivos ilícitos de coca o amapola, no se limitan a imponer impuestos sobre las producciones agrícolas. Si bien en su discurso afirman proteger a los agricultores mientras se les ofrecen alternativas rentables, y atacar a los traficantes y a los laboratorios de transformación que suelen estar cerca de los cultivos ilícitos, poner en práctica esta política sería ilógico e injusto. En efecto, por un lado, sin compradores y sin transformación en laboratorios, la producción de los agricultores no tendría ningún interés; por otro lado, sería injusto que solo los agricultores paguen un impuesto y no aquellos que obtienen las mayores ganancias. El ejemplo de los talibanes, siguiendo el de las FARC, demuestra que este cambio es recurrente para los grupos armados que comienzan a involucrarse en el tráfico de drogas.

Los talibanes fueron uno de los actores, en una guerra civil, que lograron controlar una amplia región de Afganistán entre 1996 y 2001, y continuaron luchando contra la Alianza del Norte. Cuando se apoderaron de las tres provincias de Kandahar, Zabul y Ghazni, entre finales de octubre y mediados de diciembre de 1994, proclamaron dos objetivos: eliminar las bandas armadas de los muyahidines y luchar contra los

cultivos de amapola y la producción de drogas, calificadas como «impías». Después de la toma de Kandahar, se encarcelaron a consumidores de hachís y se quemaron existencias de opio (OGD, 2000).

La posición del movimiento fue sintetizada a principios de 1997 por su líder supremo, el mulá Mohammad Omar, en una de las raras entrevistas concedidas a la prensa internacional. Los siguientes extractos provienen de la entrevista realizada por Bizhan Torabi, de la Deutsch Press Agentur. Fueron traducidos al francés por la revista *Politique Internationale*. Al ser preguntado sobre las drogas, el líder talibán responde:

A largo plazo, nuestro objetivo es erradicar completamente las drogas en Afganistán. Sin embargo, no podemos pedirles a aquellos cuya existencia depende por completo de la cosecha de amapola que cambien de la noche a la mañana a otros cultivos y que encuentren mercados para sus nuevos productos. De todas formas, una cosa está clara: no permitiremos que el opio o la heroína se vendan en Afganistán. Si los no musulmanes desean comprar drogas y envenenarse, no es nuestra responsabilidad protegerlos [...]. Nuestra misión es eliminar gradualmente toda la producción de drogas en el país para proteger a nuestra juventud. En cuanto al impuesto que recaudaríamos sobre los ingresos de las drogas, diré que nuestra administración aplica a todas las ganancias, sin importar su origen, la tasa única de impuestos del 20 %, de acuerdo con las enseñanzas del islam.

En esta declaración, el mulá Omar da a entender que se recaudan impuestos no solo sobre los cultivos de amapola de los agricultores, sino también sobre la producción y el tráfico de heroína destinada a la exportación. En lo que respecta al opio, los talibanes aplicaban un sistema de recaudación de impuestos sobre las cosechas y su redistribución a los más pobres, llamado *ochor*. Exigían a los agricultores tres partes: una se redistribuía entre los necesitados del pueblo (personas ciegas, discapacitadas, viudas, huérfanos, etc.). Los talibanes se apropiaban de las otras dos partes. Este sistema de recaudación afectaba la cosecha de cada producto. Por ejemplo, ascendía al 10 % para los cereales cultivados en zonas bien irrigadas, pero se reducía al 5 % en aquellas con escasez de agua. Para el opio, el impuesto, siempre en especie, alcanzaba el 12.5 %. En este caso, los talibanes obviamente no lo redistribuían, sino que lo vendían a los laboratorios para que fuera transformado en heroína (OGD, 2000).



Muchos testimonios confirman, por un lado, que los talibanes permitieron que estos laboratorios funcionaran y que las pocas operaciones en su contra estaban dirigidas principalmente a la opinión internacional; por otro lado, se recaudaban impuestos sobre los convoyes de heroína que luego cruzaban la frontera con Irán. Diversas evaluaciones estiman que los beneficios obtenidos por los talibanes con el tráfico de drogas, hasta el año 2000, se encontraban en un rango anual de entre 75 y 100 millones de dólares (OGD, 2000). Esto equivale a la cantidad recaudada por el tránsito y el contrabando de bienes legales (Rachid, 2001). El dinero proveniente del narcotráfico contribuyó a financiar el incipiente aparato administrativo de los talibanes y, sobre todo, su guerra contra la Alianza del Norte<sup>3</sup>.

Las FARC, muy probablemente desde principios de los años ochenta, intentaron financiarse no solo a través de los cultivos ilícitos, sino también mediante la comercialización del producto final, lo que llevó a relaciones complejas con los narcotraficantes. Dentro de las FARC, el «lobby de la droga», representado en su alto mando por la Comisión de Infraestructuras y algunos miembros de la Comisión de Finanzas, ha abogado en vano para que la organización se involucre en la fabricación y comercialización de cocaína fuera de su zona de operaciones en colaboración con los narcotraficantes (Agubadia, 1996). Este lobby logró, a principios de los años noventa, cuando las perspectivas militares parecían estar bloqueadas, que la guerrilla cultivara amapola en las tierras de las que era propietaria a través de testaferros. Al mismo tiempo, se dice que las FARC y la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN) acordaron unificar sus criterios sobre la recaudación de impuestos sobre el tráfico de drogas. Las tarifas serían las siguientes: 11 dólares al mes por la «vigilancia» de una hectárea de cultivos ilícitos; 11 000 dólares al mes por la protección de un laboratorio; 5 dólares por kilogramo de cocaína que salga del laboratorio; 20 dólares por kilogramo embarcado en un avión; 15 000 dólares por cada avión que despegue de una pista clandestina.

La última fase de la participación de las FARC en el narcotráfico se remonta a 1996, cuando decidieron encargarse personalmente de la recolección de la pasta base de los agricultores. Como ahora son poseedoras de este producto, inevitablemente han tenido que estrechar sus lazos con los jefes de los cárteles, propietarios de los laboratorios con los que se negocian las ventas al por mayor de la pasta base destinada

---

<sup>3</sup> La prohibición del cultivo del opio por los talibanes en julio de 2000 fue una respuesta a su deseo de ser reconocidos por la comunidad internacional y también se debió a las grandes existencias de drogas en el país. Para más detalles sobre este tema, se puede consultar el trabajo de Labrousse (2002a; 2002b).

a ser transformada en clorhidrato de cocaína. Según los acuerdos «en la cúpula», las FARC redistribuyen la materia prima a los laboratorios a nivel local. Diversas estimaciones a principios de los años 2000 indican que las FARC obtienen alrededor de 300 millones de dólares de las diferentes etapas de la producción y el tráfico de drogas, lo que representa aproximadamente dos tercios de sus ingresos. Estos beneficios son una de las razones de su fortalecimiento militar y su intransigencia durante las negociaciones de paz que se rompieron en 2001 (Labrousse, 2001).

Es interesante observar cómo dos movimientos con ideologías tan diferentes, como los talibanes fundamentalistas musulmanes y las FARC comunistas ortodoxas, tienen relaciones muy similares con la droga. En primer lugar, a nivel del discurso dirigido a la opinión internacional, con algunas diferencias de vocabulario: para los primeros, la droga es un problema de la sociedad occidental, mientras que para los segundos es un problema del mundo capitalista. Ambos grupos consideran que su juventud no tiene libertad para intoxicarse.

### **Los lucros del comercio internacional de drogas: los casos de los Tigres Tames y del PKK**

El uso del dinero proveniente del tráfico de drogas no se limita a los grupos que operan en zonas de producción. Algunos grupos pueden aprovechar el tránsito de estupefacientes por su territorio para imponer impuestos. Incluso pueden estar involucrados desde el inicio en esta actividad de tránsito. En ambos casos, resulta tentador para los beligerantes encargarse del transporte de estos productos hasta su destino final y luego dedicarse a la distribución al por menor en los territorios de consumo, que es la etapa más lucrativa del comercio de drogas, como hemos visto. Dos de los principales movimientos de lucha armada fundados en los años setenta, los Tigres de Liberación de Eelam Tamil (LTTE) y el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), obtienen parte de sus ingresos, probablemente una parte poco significativa en el caso del segundo, de las ganancias del comercio de drogas para financiar sus actividades militares (Fournier-Mickiewitz *et al.*, 1995). Los tames del LTTE han estado luchando contra el Estado de Sri Lanka, dominado por los cingaleses, desde 1972. El PKK, fundado en 1978, combatió militarmente al Estado turco hasta principios de la década del 2000. Estos dos movimientos, originalmente marxistas-leninistas (maoístas), han destacado gradualmente sus demandas identitarias.

Existen cultivos ilícitos de cannabis en las zonas rurales del norte y oeste de Sri Lanka, controlados por el LTTE, pero su producción está destinada al mercado nacional y no genera grandes ingresos. De manera similar, aunque existen pequeños cultivos de amapola en el sureste de Anatolia, los opiáceos se introducen en las regiones controladas por el PKK (como en el resto de Turquía) desde Afganistán a través de Irán. En el caso del opio y la morfina, su transformación en heroína se lleva a cabo bajo el control del PKK.

En ambos casos, la mayor parte de los ingresos obtenidos por la organización armada proviene de su papel como intermediario entre los países productores o de tránsito: Pakistán e India en el caso del LTTE; Afganistán, Pakistán e Irán en el caso del PKK, y los mercados de consumo, principalmente en Europa, pero también en América del Norte. En 1984, Interpol estimó que la red de tráfico de drogas de Sri Lanka era responsable de la importación de 1.5 toneladas de heroína en Europa, una cantidad considerable para esa época. Se incautaron 135 kg de droga de 241 tamiles (89 kg de ellos en territorio francés).

En aquel momento, alrededor de 50 000 tamiles sri lankeses residían en Francia. La mayoría de los tamiles arrestados en la década de 1980 eran «militantes» que vivían en condiciones precarias. En algunos casos, incluso eran líderes de asociaciones de solidaridad con el pueblo tamil. Enviaban escrupulosamente a su partido todo el producto de la venta de heroína. La mayoría de las redes tamiles fueron desmanteladas en Europa a mediados de la década de 1980 y a principios de la década de 1990. Sin embargo, aquellos que exportan heroína desde la India siguen activos. Esto es especialmente cierto en el estado indio de Tamil Nadu, poblado por tamiles. Se comprobaron conexiones con la mafia de Mumbai en 1999 (OGD, 2000).

Por su parte, el PKK se beneficia de una importante diáspora de más de 600 000 personas que viven en Europa, de las cuales 400 000 a 450 000 residen en Alemania. En este país, el PKK cuenta con más de 7 000 militantes y alrededor de 50 000 simpatizantes activos. Según Interpol, citado por Notes d'Études (Fournier-Mickiewitz *et al.* 1995), entre 1984 y 1993, 298 individuos arrestados por tráfico de drogas por las diversas fuerzas policiales europeas estaban vinculados al PKK. La misma publicación, citando al National Criminal Intelligence Service (NCIS)

británico, estima que más del 40 % de los 430 millones de francos franceses<sup>4</sup> del presupuesto anual del PKK provenían del narcotráfico. La distribución de heroína en varios países de Europa, especialmente en Alemania, Bélgica y el Reino Unido, por parte de los militantes del PKK continuó durante toda la década de 1990. Se puede observar que este partido está vinculado al crimen curdo en Europa, pero también a las redes turcas de tráfico. Dado que el PKK declaró a principios de la década de 2000 que dejaba las armas, aún es demasiado pronto para saber si sus redes de tráfico de drogas, al igual que las que financiaban a los diferentes beligerantes del conflicto yugoslavo, se reconvertirán en tráfico puramente criminales<sup>5</sup>.

### **La droga como factor de criminalización**

En muchos conflictos locales, las fuerzas del orden también se benefician de recursos provenientes de la producción y el tráfico de drogas, pero esto no ocurre al mismo nivel, ni de la misma manera que con los insurgentes. En general, un Estado tiene los recursos para financiar el equipamiento y el suministro de sus fuerzas de represión (policía y ejército). Cuando estas fuerzas participan en el tráfico, generalmente lo hacen para obtener ganancias personales, especialmente los oficiales. Por otro lado, los servicios de inteligencia, que no tienen presupuestos oficiales y a menudo son financiados mediante fondos no-oficiales, suelen recurrir a dinero proveniente de actividades ilícitas para financiar sus operaciones. También pueden favorecer los tráfico de milicias o grupos irregulares para evitar tener que pagarles directamente. Durante la guerra en la Amazonía entre 1987 y 1995 contra Sendero Luminoso, los beneficios obtenidos del tráfico de drogas por parte del ejército peruano contribuyeron al enriquecimiento personal de los oficiales (Labrousse, 1996). Cuando entraron en el valle del río Huallaga para combatir la subversión, los militares peruanos se aliaron gradualmente con organizaciones criminales. En ocasiones, hicieron acuerdos con destacamentos de guerrillas como el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). La «narcocorrupción» tardó aproximadamente una década en contaminar a todo el ejército peruano. Más de cien oficiales, incluyendo varios generales y suboficiales, fueron llevados a juicio a pesar de los esfuerzos del gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) por ocultar estas prácticas.

---

<sup>4</sup> Este valor hoy, calculado en euros, sería aproximadamente de 70 millones de euros. Francia cambió su moneda del franco francés para el euro en 2002 (N. del T.)

<sup>5</sup> El PKK no dejó las armas y sigue activo, siendo una fuerza importante en el complejo tablero geopolítico del Medio Oriente (N. del T.)

En otros casos, los beneficios obtenidos del tráfico de drogas son utilizados con fines operativos por los servicios secretos del ejército. Este es el caso en Pakistán para una de las ramas más importantes de los servicios secretos del ejército, el Inter Services Intelligence (ISI). Las redes de tráfico de heroína establecidas durante la guerra en Afganistán entre musulmanes y comunistas (1979-1992) han sido y continúan siendo utilizadas para llevar a cabo operaciones de desestabilización en India, financiando a los rebeldes sikhs de Punjab (hasta principios de los años noventa) y a los grupos islamistas que operan en Cachemira.

En Colombia, mientras toda la atención se centraba en las regiones controladas por los guerrilleros comunistas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), los grupos paramilitares, bajo el nombre de Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), extendieron su influencia por todo el país con la complicidad del gobierno, el ejército y los servicios secretos de Estados Unidos. Los paramilitares, muchos de los cuales antes formaban parte de milicias de autodefensa de traficantes del cartel de Medellín, están directamente vinculados a las redes de drogas. Se ha observado que la mayor parte de la cocaína que llega por vía marítima a los puertos españoles, belgas y holandeses proviene de puntos en la costa del Pacífico y del Atlántico, especialmente de Turbo en Urabá, ubicados en territorios bajo el control político y militar de las AUC. Los paramilitares, que en 2002 ya estaban presentes en prácticamente todos los departamentos del país, están llevando a cabo una verdadera guerra de control territorial contra los movimientos guerrilleros para recuperar las regiones productoras de coca, que constituyen su base económica común. Es una lógica circular: esta guerra es tanto más necesaria cuanto más costoso se vuelve el financiamiento del conflicto entre los dos grupos.

La utilización de los beneficios del tráfico de drogas con fines exclusivamente personales y/o criminales se extiende a los insurgentes, especialmente cuando los conflictos han encontrado una solución. La droga no es simplemente un elemento que prolonga los enfrentamientos, como se ha visto especialmente en el caso de Colombia, sino que también es cierto que es un elemento central para el financiamiento de otros conflictos, como el de Casamance en Senegal, el Congo (Brazzaville) y Tayikistán (OGD, 2000), entre otros. En muchos casos, una vez que se resuelve el conflicto, algunos de sus protagonistas se reconvierten en la criminalidad organizada. Esto ha sucedido en la ex Yugoslavia, en Bosnia-Herzegovina, Croacia y Kosovo. Por ejemplo, el arresto el 14 de septiembre de 2000 del «general» del antiguo ejército

croata de Bosnia-HVO, Ivan Andabak, en el puerto de Rijeka (suroeste de Croacia), y su juicio (que comenzó en febrero de 2001 y aún estaba en curso en el verano de 2002), confirmaron que las redes que se formaron durante la guerra siguen activas (Chassagne, 2001). De hecho, fue detenido durante una amplia operación policial dirigida contra sospechosos de crímenes de guerra y se le acusó de complicidad en un caso de tráfico de 660 kg de cocaína incautados en diciembre de 1999. El general Andabak había participado en la guerra de Bosnia bajo las órdenes del líder militar Mladen Naletilic, alias «Tuta».

Según las declaraciones hechas el 16 de diciembre de 2000 por un vocero de la fiscalía de Ámsterdam, las mafias procedentes de los países de la ex Yugoslavia también están convirtiendo a esta ciudad en uno de los centros neurálgicos del tráfico de armas, parte de las cuales se utiliza para abastecer a grupos independentistas y terroristas.

Según un experto de Jane's, un centro de investigación británico en geopolítica y criminalidad, el próspero mercado de drogas en Ámsterdam tiene mucho que ver con esto. Los grupos más desfavorecidos a menudo pagan la mercancía con cocaína o heroína. El jefe de los investigadores de la policía añade: «Ya hemos detenido a unas cien personas. Hemos encontrado drogas y dinero, pero también armas cuya cantidad y origen nos llevan a creer que no están destinadas al mercado neerlandés».

## **Apuntes finales**

En las etapas iniciales del financiamiento de un conflicto a través del tráfico de drogas, es decir, aquellas etapas relacionadas con la producción y transformación de la materia prima, lo crucial es el área de producción, el control del espacio y las rutas de suministro, así como la protección de las poblaciones campesinas (Chouvy, 2002). De hecho, las guerrillas «clásicas» en América Latina (Colombia, Perú), África (Senegal, Liberia) y Asia (Filipinas, Sri Lanka) operan principalmente según este modelo, el de un «mercado cautivo» y geoestratégico. Sin embargo, es un error calificar a estos movimientos insurgentes de «narcoguerrillas», como se hizo a lo largo de los años ochenta (especialmente por parte de los representantes de Estados Unidos), insinuando que el tráfico es un fin en sí mismo para estos grupos y no

un medio (Chouvy, 2002)<sup>6</sup>. De hecho, no solo han actuado durante mucho tiempo siguiendo una lógica política, sino que sus vínculos con las actividades ilícitas a menudo son un elemento fundamental del apoyo que reciben de los campesinos. Solo cuando las perspectivas de tomar el poder se desvanecen y/o las referencias ideológicas se desvanecen, estos grupos se vuelven criminales.

Cuando un conflicto está financiado por redes que se integran en el tráfico internacional y la distribución, se inscribe en una geopolítica más regional y, basándose en el intercambio, depende de otras fuerzas y otros intereses. Puede corromperse de dos maneras: las infraestructuras que establece y los beneficios que obtiene a menudo son desproporcionados en comparación con sus objetivos declarados, como revelan los ejemplos del Líbano, Chechenia, Alto Karabaj, Kosovo, entre otros. En este caso, se integra plenamente en el mercado internacional de drogas y armas como proveedor de mercancías y servicios. Los «grupos» que inicialmente eran «militantes» tienden a mezclarse con la criminalidad circundante, especialmente cuando están desconectados de la lucha diaria llevada a cabo en el terreno por su organización.

Pero el desarrollo de los conflictos y las redes de tráfico que les son inherentes no obedece únicamente a lógicas locales y autónomas. La explosión del mercado de drogas también se debe a la incapacidad de los países ricos para poner fin a estos conflictos locales o regionales en Asia, África o los Balcanes. La falta de determinación para aislar a la dictadura birmana, la afirmación de que los conflictos en el Cáucaso y Asia Central son exclusivamente responsabilidad de Moscú, incluso asuntos internos rusos, y el silencio occidental sobre los conflictos kurdos o sudaneses, no carecen de consecuencias en el desarrollo del tráfico y consumo de drogas en Europa. Por lo tanto, el estudio del financiamiento de los conflictos a través del tráfico de drogas no debe ocultar las deficiencias geopolíticas de las grandes potencias frente a estos problemas (Labrousse, 2001).

---

<sup>6</sup> Por otro lado, cuando la droga contribuye a financiar el aparato estatal y la economía, como fue el caso a principios de los años ochenta durante la dictadura del general García Meza en Bolivia y como sucede en Birmania desde 1989, podemos hablar de un “narcogobierno” y no simplemente de “corrupción privada”.

## Bibliografía

- Boucaud, A., & Boucaud, L. (1992). *Burma's Golden Triangle: on the Trail of the Opium lords*. Asia Books.
- Chouvy, P. A. (2002). *Les Territoires de l'opium. Conflits et trafics du triangle d'Or et du croissant d'Or*. Olizane.
- Dale Scott, P., & Marshall, J. (1991). *Cocaine Politics: Drugs, Armies and the CIA in Central America*. University of California Press.
- Dudouet, F. X. (1996). La politique internationale des drogues: entre la réalité et mythes. *Politique des Drogues*, (01), 22-30.
- Fournier- Mickiewitz, B., Salomon, J-C., Raufer, X., & Vannier J-L (1995). Deux guérillas dégénérées exemplaires les Tigres de la libération de l'Eelam Tâmil et le Parti des travailleurs du Kurdistan. *Notes & Études* (Numéro spécial).
- Joxe, A. (1991). Narcostratégie: de l'île de la Tortue à l'espace mondial. In A. Labrousse & A. Wallon (Eds.), *La Planète des drogues, organisations criminelles, guerres et blanchiment*. Seuil.
- Labrousse, A. (1991). *La drogue, l'argent et les armes*. Fayard.
- Labrousse, A. (1996). Drogues et guerrilla au Pérou et en Colombie. In F. Jean & J. C. Rufin (Eds.), *Économie des guerres civiles*. Hachette.
- Labrousse, A. (2000). *Drogues: un marché de dupes*. Alternatives.
- Labrousse, A. (2001). Les ambiguïtés de la guerre à la drogue. *Revue internationale et stratégique*, (43), 27-39.
- Labrousse, A. (Ed.) (2002a). *Dictionnaire Géopolitique des Drogues*. De Boeck.
- Labrousse, A. (2002b). Drugs and Terrorism in Varios. *Terrorism: from diversity to unity*. P. Lang.
- Labrousse, A., & Koutouzis, M. (1996). *Géopolitique et Géostratégie des drogues*. Economica.
- McCoy, A., Read, C. B. & Adams, L. P. (1980). *La politique de l'héroïne en Asie du Sud-Est*. Flammarion.
- Observatoire Géopolitique des Drogues. (2000). *Géopolitique mondiale des drogues (1998-1999)*. Rapport Annuel.
- Rachid, A. (2001). *Taliban: Islam, Oil and the New Great Game in Central Asia*. Tauris.